

CAPITULO XIV.

Por servir á su amo.

Nos hallamos en un cuarto que, por el descuido que en él se advierte, revela al ojo menos inteligente, que pertenece á la habitacion de un hombre soltero.

Sobre una mesa redonda, veíanse varios papeles, unos sobre otros, llenos de polvo y en completo desórden: un plato con un vaso de agua, un par de pistolas, una carta abierta, algunos libros esparcidos, un tintero y dos plumas fuera de él. Encima de una silla que junto á la expresada mesa se encontraba, habia una corbata amarrada al respaldo, una servilleta con la señal del

polvo que con ella se habia quitado á los zapatos, otro plato con una jícara de chocolate puesta sobre el asiento, un cepillo de ropa, y debajo un periódico.

Un hombre, abrumado sin duda por el peso de sérios pensamientos, se paseaba solo por la estancia con los ojos fijos en el suelo, dejando leer en su melancólica fisonomía, la huella que debieron dejar en su alma hondos y prolongados pesares.

De repente se abrió la puerta, dando entrada á otro hombre de tosco traje que, quitándose con respeto el sombrero de petate, interrumpió el silencio que hasta entonces habia reinado, diciendo:

—Buenos dias le dé Dios á su merced, señor amo.

—Bien venido, Pablo.

Contestó el saludado, mirando al que acababa de entrar, y volviendo en seguida á continuar su paseo.

El indio permaneció por un momento contemplando con cariñoso interes á aquel hombre, en cuyas facciones leia el mas profundo pesar; y procurando sacarle de sus

melancólicos pensamientos, dijo con aire resuelto, aunque respetuoso.

—No se *achahuiscele* (1) su merced, señor amo; que quien con tanto valor sabe *chisparse* un lazo y herir al que le laza, no es justo que se deje vencer de una pasión.

—Mas quisiera luchar contra diez hombres que contra los desprecios de la ingrata que adoro.

—¿Quere su merced que le diga un dicho?

—Puedes decir lo que gustes.

—Es un versito que *escrebió* contra esas *jijas* de Eva un *evangelista* (2) que la *entelije*, y que solemos cantar nosotros los plebeyos de la plebe.

—Ya me supongo que será digno de quien lo escribió y para quien lo escribió.

—Pues á mi no me *discuadra*, señor amo. Ello es verdad que lo mandó hacer un compadre mio que era *talentudo*, para mandár-

(1) *Chahuiscele*, palabra india con que se designa cierta enfermedad que en México padecen las plantas, y que las seca y arruina: así es que cuando la gente del bajo pueblo, ve á otro triste y sin ánimo, dicen que está *achahuisclado*.

(2) *Evangelista*, lo mismo que en Madrid memoria lista,

selo á una que se le andaba mostrando *polinaria*.

—Me lo supongo.

Contestó secamente el otro personaje, disgustado con la relacion del indio.

—Y si yo me hubiese *jayado* en la situacion de su merced, ya se lo hubiera enviado tambien á esa que tanto se *chiquea* (1) y se hace *del rogar*. Oigalo su merced, señor amo.

*Premita Dios que te topes
un indio desorejado
que te haga comer bодоques
por lo mal que me has pagado.*

El que se paseaba, hizo un gesto de desagrado, y continuó cruzando la estancia.

—¿Qué le ha parecido á su merced?

—Perfectamente.

—¿Es verdad que es *devino*?

—Nunca has dicho cosa mas cierta. Pero dime, ¿te has informado de si los que trata-

(1) Que se da importancia para que la obsequien dirigiéndole tiernas palabras de amor.

ron de darnos alcance en las canoas, eran enviados por D. Fernando?

—D. Fernando no llegó á saber nada, señor amo.

—¿Estás seguro?

—Me lo contó Juana al siguiente día. Quien *jué* el autor de la *jarana* es un criado que la vió salir de casa, la siguió, y que, al verla con su merced, corrió celoso á llamar á sus compañeros.

—Y que gracias á tu maestría en remar no nos alcanzaron.

—Ni trataron de hacerlo desde que su merced le hirió la mano con sus pistolas al que le había lazado, y le obligó á soltar la reata.

—¿Pero qué te ha dicho Juana? ¿Hay esperanzas de que pueda ver á Luisa esta noche?

—Segun Juana, ni esta noche ni nunca; pero si su merced *quiere* seguir un plan mio...

—¡Ah!.... ¡Pablo! cualquiera que sea lo apruebo, si con él he de conseguir la dicha de ver á Luisa.

—Yo le aseguro á su merced.

—¿Y qué plan es ese?

—Me promete su merced no reñirme por él?

—Al contrario, te lo agradeceré infinito.

—¿Y si lo hubiese puesto por obra antes de venir á ver á su merced?

—Con mas motivo.

—¿Y si hubiese que hacerle derramar *las de San Pedro* á Luisa?

—¡Hacerla llorar á ella!.... ¡á la mujer por cuya felicidad daría mi vida!.... ¡Ah!.... entonces no: toda mi existencia daría por ahorrarle un solo suspiro de dolor!....

Pablo quedó cortado con aquella contestacion que él no esperaba. Miguel advirtió la extrañeza que habia causado en el fiel criado su resolucion; y temiendo hubiese cometido alguna imprudencia por servirle, añadió con marcada ansiedad.

—No me ocultes nada de lo que has hecho, Pablo; pero por Dios, dime pronto el plan que has puesto por obra para obligar á Luisa á oirme.

El indio palideció, y se puso á dar vuel-

tas al sombrero entre sus manos sin atreverse á contestar.

—¿Tan extrema es la medida que has tomado—continuó impaciente Miguel notando la irresolucion de Pablo—que temes confiármela?

—Al echar mano de ella no la juzgué así; pero desde que le he oido decir á su merced que daría su vida por ahorrarla un pesar, conozco que he cometido una mala acción.

—Pero ¿cuál es?

—Que me he traído á Juanito.

—¿A qué Juanito?

—Al hijo de Luisa.

—¿Le has arrebatado su hijo!.....

Exclamó Miguel aterrado, y dejándose caer abrumado sobre una silla.

Pablo quedó como una estatua, sin movimiento, pálido, sin atreverse ni aun á respirar con fuerza.

Así permaneció algunos instantes, hasta que el indio queriendo reparar el daño que sin querer habia causado á su amo, abrió la puerta, y se dispuso á salir.

—¿A dónde vas?

Le preguntó Miguel sacándole de sus meditaciones el ruido de la puerta, y poniéndose en pié.

—A devolver á Luisa su hijo, á su merced la tranquilidad, y á mí el aprecio de mi buen amo á quien, pensando servir, le he ofendido.

—Sí; es preciso hacerlo en el momento. Aquella pobre madre estará sin consuelo, ignorando el paradero del hijo de sus entrañas. Pero de ¿qué medios te valiste para apoderarte de ese inocente niño?

—Aproximándome al jardín adonde suele salir Juana, y aprovechando el instante en que ésta le dejó solo para entrar por un juguete para él á la casa.

—¿Es decir que nadie te vió?

—Nadie.

—Respiro—exclamó Miguel, viendo desaparecer de su pecho el temor de que Luisa le creyera cómplice de aquel rapto.—De esa manera puedes presentarte como el hombre que lo ha rescatado de las manos de su malhechor.

—No, porque la niña Luisa sabe que yo *juí* el autor de esa maldad.

—¡Y me creará tu cómplice!....

Pronunció aterrado Miguel.

—No señor.

—Acaba.

—Yo traje al niño por la mañana, y me presenté á Luisa por la noche cuando no estaba su esposo en casa. Estaba sola en la sala llorando por su hijo, cuando yo le dije que se lo podía devolver con una condicion.

—Continúa.

—Le hice ver la necesidad que su merced tenia de conseguir una entrevista con ella; y que yo, viendo padecer á su merced, y sin decirle nada, habia dispuesto aquel raptó para obligarla á recibir á su merced. Si su merced accede, le dije, el niño estará aquí inmediatamente, y si no, despídase su merced de él hasta que acceda. Ella iba á contestar, pero se detuvo á los pasos de un hombre que se acercaba por el corredor, yo entonces viéndome perdido, si se descubria quién habia sido el autor del raptó, le dije

que si revelaba la menor cosa, contara á su hijo por muerto; que esta noche iria á saber su resolucion, y que estuviese persuadida de que su merced ignoraba todo aquello. En seguida, viendo que el ruido de los pasos se acercaba y que me era imposible salir por la puerta, abrí el balcon que estaba bastante bajo, al mismo tiempo que entraba en la sala Fernando: al verle, salté al campo; y él, al desbubrir un hombre que huia, corrió al balcon y disparó sobre mí sus pistolas, cuyas balas pasaron rozándome el caballo.

—¡Dios mio!.... ¿Y despues?

—Tal vez creyendo que me habia acertado, ví que cerró el balcon con terrible golpe, quedándose con su esposa dentro de la sala.

—¡Qué habrá pasado despues!.... ¡ah!... es preciso que partamos en el momento á reparar los males que has causado!.... ¿Dónde está Juanito?

—En casa de una comadre mia, que vive en la calle inmediata.

—Vé por él, y manda traer un coche para que salgamos sin perder ni un segundo.

Pablo desempeñó con toda prontitud lo que su amo habia ordenado, y media hora despues salia á todo correr un carruaje de Guadalajara, llevando á un hermoso niño, á Miguel y al indio Pablo.

Véamos ahora lo que pasó entre Fernando y Luisa, cuando aquel último huyó por el balcon.

—¿Quién es, miserable—dijo el zeloso marido, dirijiéndose á su esposa—el hombre infame que acaba de salir de aquí?.... responde.

Luisa, aterrada, no supo qué responder, temiendo comprometer, si decia la verdad, la vida de su hijo.

—¿Guardas silencio, infame?....—exclamó cada vez mas exaltado Fernando.—¿Qué mayor prueba quiero de tu infidelidad y de mi deshonra?.... ¡Oh!.... ahora descubro todo.... ahora aclaro el misterio de la desaparicion de tu hijo.... de ese fruto de tu liviandad.... de ese hijo del hombre que acaba de salir de aquí, y que se lo lle-

vó, fingiéndome tú que te lo habian robado.... ¡Oh!.... tu sangre, tu sangre, Luisa, necesito.... ¡Me has cubierto de baldon y de amargura para siempre!.... para siempre, sí.... ¡Aquel hijo no era mio!.... ¡aquel hijo era el padron de mi infamia que tú tuviste la audacia de que creciera á mi lado!.... ¡infame!.... ¡infame!....

Y Fernando se paseaba como un frenético por la sala, mientras Luisa, resuelta á sufrir todo antes de comprometer la vida de su hijo, permanecia callada, afligida y llorosa en un rincon de la estancia.

—Disponte á seguirme—dijo Fernando despues de un rato de meditacion.—Es preciso que yo te oculte donde nadie vuelva á saber de tí; donde no vuelvas á ver en tu vida, ni á tu amante.... ni á tu hijo.

A la siguiente noche de haber tenido lugar esta desagradable escena doméstica, una canoa atracaba á la orilla de la laguna de Chapala: un hombre saltó de ella y se dirigió solo, hácia la casa de Luisa, encargando á un indio que le esperase dentro de la em-

barcacion con un niño que con ambos habia ido.

El hombre que se acercaba á la casa, era Miguel que se adelantaba para preparar la fausta noticia que á Luisa llevaba. Llamó á la puerta, y preguntó por ella.

—No está.

Le contestó un criado.

—¿Y D. Fernando?

—Tampoco.

—¿A qué hora volverán?

—Salieron anoche para no volver.

Miguel tembló con el presentimiento de una desgracia.

—¿Y á dónde han ido?

—No lo han querido decir á nadie.

—¿Y marchó en compañía de ellos, Juana?

—Sí, señor amo.

Miguel, viendo que no podia descubrir nada, se despidió del criado, y se acercó á donde le esperaba Pablo con el niño, oprimido el corazon de pesar.

—Volvamos á Guadalajara.

Dijo entrando en la canoa.

—¿Sin dejar á Juanito?

—Ya no es tiempo: nadie habita en la casa: á mí me toca cuidar de esta criatura, procurando verter en ella tantos bienes, como males he preparado sobre su desgraciada madre; pero empieza á remar, que despues te contaré lo que he sabido.

Pablo afligido por los males que habia ocasionado con su imprudente raptó, cogió el remo, y la canoa empezó á bogar en el mayor silencio, en tanto que Miguel cubria de besos las mejillas del hermoso niño á quien habian privado de las dulces caricias de una madre.

Volvamos ahora á ocuparnos de la expedicion.